

LOS ANTOIOS  
**DE MEJOR**  
**VISTA.**

**OBRA MUY UTIL I PROVECHOSA**  
*compuesta, i ordenada en lengua Castellana*  
*por Mr. Pierres de Tal.*

**DIRIGIDA** PASCUAL de GAYANGOS

**A D. Luis Fernandez Portocarrero i Bocanegra, Conde de Palma, Gentilõbre de la Camara de su Magestad.**





# EPISTOLA, O PROLOGO<sup>2</sup> NVNCVPATORIO.

## Al Conde de Palma mi señor.

**F**VI, señor, los dias passados a Palma, a besar la mano de V. S. i como el desseo deste bien pu do en su aprecio dilatar tanto la jornada a la ida; no debio tener lugar la intencion de vna Mula que yo llevé (assi se puede dezir) hasta la vuelta. En que se dio a conocer tan de repressa, u de recaida; que mostrò bien lo poco que ai que fiar del mayor gusto de la tierra: que de mulas ya se sabe. Lleguè a mi Patria, como pudiera a Fez tal lleguè de desconocido. I a penas entrè en ella, quando (para que todo fuesse prodigio) tuve el suceso que V. S. verà en este Discurso: suplico a V. S. le vea, para entrete nerse; que de effos Antojos no tendrá la necesidad que otros, quien tiene la prudencia que V. S. A quien guarde nuestro Señor muchos años.

Criado de V.S.

RODRIGO FERNANDEZ DE RIBERA  
Secretario del Marques de la Alguara,  
i de Hardales.

A SVS AMIGOS.

**C**OMETI a la Estampa el desempeño de mi palabra con algunos, a quien avia prometido la comunicacion deste papel, i eme redimido de la instancia que me hacian, con las copias que an bastado para satisfacerlos, i fin el trabajo que cuesta con la pluma. Fiando mi opinion de sola la amistad: i mostrando a vueltas mi zelo en la aventura de Miser Pierres.



OLVI de mi viage, aunque breve, con mil circunstancias de alargar su relaci6n, quien se atreviera aun a contarlas, avien-  
 dolas pasado como yo. Procurè desmentirme de cansado, sacando fuerças delo que mas traia, luego que me introduci en la Calçada, volviendo el rostro cada instante, a fuer de quien aguarda criados; o presumiendo de quantos dejaba atras; aunque fuessen los caminos, porque siempre fui yo el postrero en ellos. I en llegando a la puerta de la Ciudad; que suelen las entradas de los pueblos ser el martirio de las cavalgaduras; conjuréme contra la mia para sacarla de su passo que era lo mismo que sacarla de peña. Pusose a hacer aguas, por mortificarme la intencion, donde a ser lugar sitiado, creyeran que era estratagemma, para entrarle. Dissimulé vn tanto, con franquear mi maleta a las guardas, sin pedirme la diligencia que juzgaron ellas pos mui nueva, como yo la poca suya: o creyeron de mi, que venia a la ligera, en todo lo que no era Mula; o q̄ quic traia aquella, no podia traer cosa buena. Mas ella quedô de lo desbebido tal, que fue necesario, para en quadernarmela de lo despernacado i abierto, llamar gente: i esta, para poder llegar a ella, aguardar a que méguassen los esteros de la mea  
 dura

dura. Entreme sin agradecer la caridad, bien corrido, i no de la Mula: que siempre me avia traído mucho menos que andando; i creo, que llegara primero en dos muletas. Vime de manera, que con tener casa conocida en que apearme, me vali de la posada mas cercana, i menos conocida: donde di con la alimaña maldita, i luego conmigo en las calles a tomar certificacion de vivo. Encontróme a pocos passos la Iglesia mayor. Qué mas posible juzguè esto, que averme yo movido, tal venia. Llegueme a ella adar gracias a Dios aunque mui presumido de forastero, i acompañado de mi mismo, que no era poco, segun me traia el dromedario que me trajo. Porque en mi vida, aviendome comunicado a mi desde que me conozco, i a otros como yo, no è tratado con bestia que menos lo pareciesse, cosa para mi de grandísimo enfado, aun con este genero de gente, i pudiendome importar. Porque siempre soi amigo de que cada vno haga lo que le toca, hasta las bestias. Pues todo lo que no es esto, o sabe a monstro, o es impertinencia; aunque cause admiración. El niño discreto enuejecerá necio, peor es el viejo niño. La muger ombre es insufrible, que sera pues el hombre afeminado? En fin mi Mula tenia acciones de persona, como vnas que se vsan. En todo se quería meter, hasta en los pantanos, por trasmano que le cayessen.

De todo daba a entender que sabia, i gustava,<sup>4</sup> como si fuera todo paja. Todo lo llegaba a oler, hasta las ollas de los mesones: tanto, que aunq̄ era Mula, creia que venia preñada. Mil veces alcò el hocico, i se reparó en el camino, que debio ser a hablar me: i me hablara sin duda, a saber que no era la primera que yo avia oido. Pues cõ esto no era porfiada. vna vez dio en saltar de vn barranco como vna torre, i se salio con ello, i fin mi i la filla: i otra de puro cortês, sobre quien avia de entrar primero por vna laguna, me obligò, por no ser yo pesado, con su porfia i resolucion, a passar delante. Dejela, como digo, o dejome, que esto hazen los grandes males, i fui-me a la Iglesia, no tanto mayor desta Ciudad, quanto de toda Europa; por donde me entrè, haciendo calidad de lo polvoroso del camino, i del desaliño bizzaria; sin que me faltasse el desacato de las espuelas. porque el umor de la cavalleria suele en tales ocasiones decendirse a los pies en el mas hidalgo, quando la nobleza es solo hinchazon. I registrandome de notable por los ojos de todos los que me querian ver, que pèsaua yo eran todos: Escasee, en entrando, la agua bendita, toméla de vñarada, santigueme de escaramuça, i puseme a rezar de punteria. Hice mis medidas en falsete, perfileme a lo estatua de pulgar en cinto. i eleuandome a las bobeddas, desollinè

111  
lliné sus arcos, decendi a los pilares, cuyas corni-  
jas fui cairelando : con que assentè plaça de ar-  
quitecto en relacion. Derribème de barba a las  
sepulturas, repassè sus Epitafios , i di vista de cu-  
rioso; sin entender sus letras mas que las piedras  
en que estaban: porque ai infinitos presumidos.  
en quien están asì las letras. Yo tomé vnas entre  
ojos , a quien debiã aver llegado muchos como  
yo, porque estaban gastadas de sufrirlos. Bregan-  
do estaba con ellas , quando de manos a boca  
(tal fue el suceso) me hallè assaltado de vno, q̃  
solo debia tener de ombre el parecer que lo po-  
dia ser, porque andaba como los demas. Redu-  
cia se toda su cara a vn pico de nariz , asomado  
por dos cortinas d̃ cabello castaño oscuro. a vno  
que devia ser rostro , abrigado en vn pavellon  
de cerdas, entre una valona opilada (que ya no  
ai celos , ni se usan aun en esto) i un antojo de  
cavallo, en que traia encajada la testa , o un mor-  
teruelo de fieltro, que le recogia el meollo, i aũ-  
debia sobrarle mucho sombrero. El era peregrin-  
no hasta en el ferreruelo , porque en lugar del,  
traia una esclauina de bofetan teñido , telliz de  
un arquipeto del uso. No le pude andar mas del  
cuerpo , porque venia hecho a andar mui poco  
a poco, i porque me embargò toda la atencion  
su fisionomia, i no uviera en todo un año para  
repassarle de arriba a baxo. Murmurome la pri-  
mera

mera cortesía, y paguéle en el mismo tono. En fin lo que despues vine a entender deste compuesto, fue, q̄ el tal señor era vn mixto de Culto i Brabo. no de lo desgarrado i vulgar, sino de lo circunspecto i respectable: como lo mostrò en su conuersacion, tomando ora la espada, ora la pluma. Aunque para mi lo mismo es vn Culto solo, que diez brabos tigres, y mas lo temo.

V.m. (me dijo) no debe ser deste lugar. no digo desta sepultura, sino desta Ciudad. Que ai ombres tan puntuales (aunque v.m. no será destos) en la obseruancia de los terminos, que tienen necesidad de lo muy material de las frases, para darse por entendidos. Congojème de manera (y aun creo que me dio vaguido) quando le oí quitar el vito que a su facultad, y vaziarle tan desperdiciadamente de concetuoso, que crei podria servirme el Epitafio, y que auia de ser del lugar de la sepultura, como el creyò, q̄ yo podia auer entendido su pregunta. Representoseme mi Mula, y no se si la quisiera mas, pero no la echaba menos. Discurri con breuedad i ansia en que palabra tan eficaz podria atajar de vna vez las amenazas de su lengua. Prosiguio el entre tãto. V.m. no podrà, aunque quiera, encubrir lo melancolico del genio (tal me debia ver) que no suele ser pequeño indicio de la alteza del entendimiento;

B

pues

pues con tal ostentacion ha elegido materia coa-  
dequada a el (mala postema te nazca, dije entre  
mi) i en que tantos doctos se han empleado.  
Pues afe, que halle v.m. aqui quanto uviere me-  
nester desto, porque es Ciudad la en que estâ, dô-  
de mas vestigios à dexado de si la venerable an-  
tiguedad, i donde mas ingenios tiene emplea-  
dos. Bien que estos Sarcofagos tienen mas de  
piedad Christiana, que de lo ostentoso Roma-  
no. No se halla en ellos aquella peticion tan re-  
petida de, La tierra te sea liviana. Desvencijara-  
me a este tiempo, sino le dijera: Señor mio, nien  
aquellos Sepulcros, como eran en el campo, dô-  
de, o por la soledad, o por la religion no los pisa-  
ban ombres. Ponian, que los ombres tambié  
les fuessen liuianos, que suelen ser mucho mas  
pesados que la tierra: i aun le estuuiera mui biẽ  
al señor Prebendado, que aora nos tiene acues-  
tas, la peticion. No le quise dejar reparar en la  
aplicacion, ni resquicio por donde se me entra-  
se entonces: y proseguí muy apriesa. Yo è aca-  
bado de llegar agora. Pareciole q̄ bastaba aver  
acabado de llegar, sin dexarme acabar de decir,  
ni dar passo en mi intento: i replicò. Vendra v.m  
de Madrid. Prometo a v.m. (dije yo) que â tan-  
to que sali de donde quiera que fue, que casi no  
fabrè decir de donde vengo. Sazonado donaire  
por mi vida, repitio el entonces, arregazandose  
de

de rostro, i voz en lisonja mia, gustoso al desgairre en su ademan. I profiguio, diciendo. Tras tanto intervalo, ancianas nos traerà v.m. las nuevas de aquel pais (como si uvieran tratado ya cõ el) mas frescas las tenemos acà: porque de mui buẽ original se yo, i aun podria mostrarle luego (temi el descarte de la faltriquera, porque se empuñõ en ella) que su Magestad, Dios le guarde, està ya bueno. I soltandosele la vena, vertio quantos umores tenia de nuevas, unas mentiras, i otras casi. Desliõse de gazetas, no sin sus pedaços de estadista. que a ir purgados de colera, fueran tan disparates como con ella. Volvio a decir sin mas averiguacion. Viniendo v.m. de aquel lugar, todo le parecerà aldea. porque como aquel es el centro, dõde la virtud està unida, tiene mas fuerça: lo que no passa en la circunferencia; que como se dilata en mas distancia, se desvanece. A buscar me puse con el coraçon i la vista altar, dõde, aunque à longè, pudiesse encomendarme a Dios. Deshice el desvanecimiento, con que me tenian mis fuerças i mi salud, por lo menos entõces. predijeme mil desdichas. Consideré, que yo me estaba con el pie en la huessa, quando aquella fantasma llegò, i que segun ella me trataba, seria imposible dejar de quedarme todo. Volvia el de qualquier aliento que tomaba, con ef-

muchas

B 2

piri-

piritu do blado, o endiablado. Volvió i dijo. Pues  
afé que está v. m. en la misma cifra de las Ciuda-  
des, en un emporio i escala del Orbe, que no cede-  
rá la menor de sus grandezas a lo magestuoso i  
bizarro de Madrid. Mil vezes quise alentarme i  
desafiarlo. mil dejarlo i irme. que fuera lo mis-  
mo, si el no fuera hablador. Porque todos los q̄  
lo son (como los miserables, por no dar.) sufren,  
a trueco de hablar mil desaires i afrentas. Lloviã  
sinonomos, i granizaban sentencias (de mi muer-  
te qualquiera dellas (Solo me cõsolaba con pen-  
sar, q̄ quiça no me referiria versos, aunq̄ llegasse  
a matarme. Iamas, repliquè yo, no me puse, aun-  
que concurriessse donde las ocasiones mas me  
apretasssen, a defender las calidades de los luga-  
res: por ser esto, i el tratar de años i linages, cosa  
arrojada, i sin fruto. Antes bien tengo por poco  
 cuerdo al que en ello se detiene mas, que lo que  
basta, para no parecer inorante, o mui ingrato a  
su patria. Siempre me ahogaba con mis mismas  
palabras; volviendome a la boca la mitad delas  
que iba a decir. Bien estoi con esse idioma, dijo  
el entonces: i aqui perdi yo de todo punto las es-  
peranças de escapar entero. Porque vi, que aun  
para los vocablos a proposito le faltaria espa-  
cio: i que, si para todos los que de aquel porte  
podia decir, se tomaba tiempo, no le avria en  
muchas

muchas vidas. Bien estoi con éssa modestia (profiguiò algo reparado). Pero v. m. crea, que en sola esta santa Iglesia ai cosas que eceden a quantas tienen Roma, Paris, i Constantinopla. V. m. repliquê yo luego, advierta, que en Constantinopla no ai Iglesias: i que las que alli permite el Turco a los Christianos, son pobrissimas. Pero v. m. á estado en estas Ciudades, que à nombrado? No è estado, dijo el; pero no importa. que ni puede aver en ellas cosa que iguale en mucha parte a las grandezas deste Santuario, ni es razon que las aya. Adverti, que se cerraba en su parecer como gusano de seda, para morir en el. i no le contradije, porque no se encerrara, o cerrara conmigo. V. m. à visto, profiguiò, algo delo mucho que podria, desta Ciudad, i desta Iglesia particularmente? Echê de ver quan falto de memoria era; pues no se acordaba de que le avia dicho, que acababa de llegar, ya que no le echaba de ver en el traje. I del consolo me lo que juzguê que hablaria, repitiendo una cosa muchas veces, quien, aun diciendolas senzillas, no cessaba de hablar. Temile de mentiroso. A visto v. m. dijo, un Candelero de Tinieblas, en que se ingieren las velas, con que se dicen? Pues dos mil i setecientos i treinta i seis quintales, docientas arrobas i diez libras de bronca tiene, i creo, que cinco onças. Poco cree

v.m. de tanto peso, repliqué yo. Pero todo me le  
chô encima, quando me lo acabò de decir. i sin  
dejarme respirar, aunque dejò el Candelero, pro-  
siguió. Pues si v.m. aguarda a la Pasqua Florida,  
que bien podrá por esto solo (i era por san Iuan)  
verá un Cirio, que de solo cera, sin el pavilo, que  
es de algodón de la India de Portugal, i se trae  
para solo esto cargada una nave. Ahorrèle la trai-  
da de la cera, i quedeme a descansar entre tanto  
algodón; diciendole: Mucho è oido notable de  
la riqueza i suntuosidad que v.m. me alava: i si-  
pre a cada uno mas, con que parece no podrá ve-  
nir a menos. I pienso (queriendo Dios) negarme  
a otros negocios, i esperar así a ver esso, como  
la semana Santa, de que è oido notables encare-  
cimientos. Esto le dije, porque cortasse el hilo a  
su relacion, que por sus passos contados se me re-  
presentò, que avia de parar allí. Dijo, que estaba  
ya acabado. i aun con un pesar extraño, i castaña-  
do de lengua, exclamò. A señor, esso està ya per-  
dido. ni van mugeres a la Iglesia; ni andan por  
las calles el Iueves Santo en la noche. Pues que  
dexara v.m. para quando fueran, repliqué yo có  
algun enfado, si a cosa tan santa i loable llama  
perdicion? Que grandezas mayores i mas verda-  
deras, que essa, se avian de perder, por escusar la  
menor ofensa de nuestro Señor. Mire v.m. si era  
una

una sola la que se cometia: i si se à quitado, por escusarlas, mas, que la comodidad de los ombres para sus dissoluciones i torpezas. Que a las mugeres no les tenga v.m. lastima: pues, a penas dicen an pensado que amanece el viernes, quando saliendo de repressa, se esquitan de inundacion. que no parece sino que se an abierto las cataratas de los cielos, para echarlas de si (a las profanas digo) o que se an soltado novecientas mil legiones de hutracas. aviendole dado a la noche hartos pelliscos, antes de encerrarse ellueves. El à sido un decreto santissimo, i obra del Cielo, egecutada de tan santo Prelado. I para mi la mayor grandeza que tiene oi Sevilla en essa parte, es lo que tantos hallan por inconveniente, i v.m. tendrà por menoscabo. El hacerse en ella sola, lo que en ninguna otra Ciudad, o pueblo de la Ciuitiandad en mayor servicio de nuestro Señor. I no es circunstancia menos ponderable su egecucion tan de improviso, i con tanta puntualidad i obediencia, siendo cosa tan grande i tan arraigada en la costumbre general i antigua. V. m. tiene razon, me respondió; no sé si satisfecho: pero yo lo quedè, quando no fuera de averla dicho, de averle hecho callar aquello poco. Con todo esto v.m. no salga, prosiguió (suplicole) de aqui, sin subir a la Torre; si quiera para dar

dar principio a lo que piensa ver. I podrá decir, q̄  
â estado engastado en una marabilla que escar-  
nece las siete mas memorables. acompañarèle  
con mucho gusto. El acetar el cõsejo, por tomar  
aire, i aguardar la noche en sagrado, i el arren-  
tirme temeroso de su compañía: fue al passo que  
el me fue dando lo uno, i ofrecièdo lo otro. Fue-  
me cercando con una mudança de çarabanda  
antigua, para tomar el lado izquierdo. I yo, cre-  
yendo ( no sé porque, conociendo mi poca  
dicha) que era despedimiento final: comencele  
a hacer mi cachumbeado, i encorbamiento con  
mi sacudido de dedos. Cejòse vn rato entre los  
dos. Ceceo se mucho de pies. pedimonos limos-  
na con los sombreros: Hasta que aviendose tor-  
neado mui a satisfacion, yo me di por enten-  
dido (aunque soi un tonto) de tanta benevolen-  
cia, i por rendido a su cortesia. Con que por reciè  
venido con su reverencia de pie quebrado me  
dio el lugar de los escogidos; como sino me lle-  
vara para cõdenado. Que cierto serà asirme aqui  
i detenerme algun Criticon, i preguntame, porq̄  
no escapé de tanta angustia al principio, con de-  
cirle a este vestiglo, que ni venia de Madrid, ni  
avia estado allà en mi vida, ni aun alli quisiera es-  
tar, i que era de Sevilla. Sabiendo el tal, que ai  
muchos, que a trueco de parecer de otra parte,  
que

que de donde son, i que vienen de la Corte, se de  
jaràn atenezar, o sufriràn a un Culto.

Dexamos pues la Iglesia: i yo bien pesaroso  
de no aver señalado el lugar, en que me encon-  
trò aquel ombre; para q̄ rogassen a Dios por mi,  
i se guardassen los venideros. Entramos en la  
Torre con las cortesias algo apagadas; por ser de  
relance: aliviados un poco de las mercedes, i casi  
a vista de los voses. I, dando principio a la subi-  
da, me dijo: Pues vè v. m. esta Torre? otro tanto  
tiene abajo, como arriba: (yo crei, que me avia  
de hacer decendir allà, i me holgara como fuera  
sin el) i los cimientos llegan. Escusèle la men-  
tira en el encarecimiento: i atajesele; diciendole,  
que ya avia oido decir, que a Triana; creyendo,  
que el no passaria del Rio, como lo hiço. Afirmò,  
que no tenia escalera por ninguna suerte  
(palabra fue suya) i dijele: debenla aver quitado,  
para decender a lo bajo. Refirio de no sé que Rei-  
na, que avia subido, pienso que en una Habada, i  
por gran maravilla (como si uviera estado paciè-  
do) q̄ en llegàdo arriba, rebètò. Cò otras mil par-  
ticularidades, unas q̄ yo iba vièdo, i el pudiera es-  
cusar: i otras q̄ no viamos, i yo no avia ð creer. Es  
cierto cò todo esso, que assi la Torre, como lo de  
mas ð aq̄l sagrado Tèplo es ilustrissimo, rico i fa-  
moso entre todo lo que tiene mas nòbre en la

C

Cristian.

111  
Cristiandad dedicado al culto divino. Llegamos a la pieza de las campanas, aviéndose a provechando la subida idescantos de ella en la alusion del camino del Cielo, i las ayudas de costa que Dios daba para el, quan cuesta arriba se les hace a los malos, i quan facil a los buenos. la Escala de Jacob: sin dejar a San Alexo; ni el libro de Santa Escalera, todo con sus glossas, comentarios, i moralidad. En fin no sobrô cosa quando llegamos a lo alto. dos dedos de enjundia llegô a deber mi amigo al pasto del ratillo. En viendome alli, del encogi la vista por aquellos tendidos espacios, que se descubrian. Pero Dios nos libre; que hace la ocasion! i como ella sola, por leve q̄ se ofrezca a la imaginacion dispuesta, basta, para que se precipite en sus discursos, con peligro de praticarlos. En un instâte, no uve mirado la profundidad del suelo, i la altura en que estaba, quando pensè entre mi, si yêdria a apurarme aquel monstro tanto q̄ por no sufrirlo, ni detenerme en decender, me arrojaría de alli abajo.

Esto meditaba; no se si temiendo de ver que callaba (novedad prodigiosa) o tomaba carrera: quando le vi apareado con otro ombre (de mi constelacion sin duda) que estaba mirando de ostentacion. Tenia a lo melindroso con los dos dedos apuntalados unos Antojos, que traia a la  
gine

gjeta sobre una alcayata de nariz, que tenia clava da en uno como rostro. Que apenas selavi, quando me parecio esmeril en cureña trastornada: i crei que avia disparado en mi Pedagogo, pues le avia hecho callar. Estaba selo el mirando atétz mente, i escuchando algunas palabras, que el otro hablaba, no se si entre diétes, porque salian de entre muchas barbas. mui bajo hablaba. Fue necesario llegarme; no tanto a alcançar parte de la platica, i acercarme a la novedad q me hizo el de la Torre: quanto a ver si era muerto mi Compañero, o estaba espiritado, que solo esto pudo persuadirme le pudiera aver quitado la habla. Saludè al recien hallado: i pudiera aprovecharle si el otro le uviera començado a hablar. Era de los que tienen la lengua en la cabeça, i respondiome con ella, i a riesgo de los Antojos. Yo tuve por cierto q estaba mostrádo acallar ami amigo: i dejèlo por un rato, que durò la suspension de los tres. En que yo tuve lugar de cõtemplar a mi Antojado. tal le miraba por arte i naturaleza. El tenia mil vislumbres de Trasgo. Era todo una sotanilla forrada en un alambique de hueffos, i hecha de la quinta esècia de la vayeta. i no debia ser luto, assi porque todo el pelo del vestido lo avia gastado en las barbas su dueño, quanto por que ella se estaba riendo toda; si bien esto no es cosa

221  
cosa nueva en los lutos mas reciétes. Brujeaba-  
bansele por las goteras dos estacas mui largas,  
que lo sostenian, metidas en dos chalupas de va-  
queta. que debian ser las piernas i los pies sin du-  
da. Vn semi mantéo de la misma especie, estaba  
encargado de cubrir toda esta maquina, aunque  
no de verguença, porque en mi vida vi cosa mas  
raid; pero el hacia mucho en encargarse de tan-  
to. Tenia la barba, i la cabeça mosqueada de  
canas, bien empleadas por cierto. El acabarlo de  
recorrer dos, o tres veces, el venirle a mi camara-  
da el apoyo de hablar, i el quitarse los antojos  
nuestro Esqueleto, i limpiarlos mui de espacio,  
todo fue uno. A la par fuimos a hablar todos: i  
a la par hablaramos; si el desseo que en los dos  
avia puesto el talego de trebejos, no nos obliga-  
ra a cellar, por oirle. V.mds. Cavalleros, dijo el,  
fino an visto orra vez este sitio, bien se avrán de-  
fengañado, de que es igual su estrañeza a la opi-  
nion en que le tiene la fama a cerca de los ausen-  
tes. i con razon por sus circunstancias, del mas su-  
perior, artificioso, i apacible que de su genero se  
halla oi en pie. Por cierto, dijo mi Acates (que  
como habia de ventaja, ibame siempre de-  
lante) V.m. señor, tiene mil razones, que aun  
que yo é subido aqui algunas vezes, siempre ha-  
llo que admirar de nuevo. Pues bien pensa-  
rán

rán , replicò el Licenciado (llamemosle así de  
aqui adelante, que a muchos se lo dizen mas sin  
propósito) bien pensaràn pues , replicò, que an-  
visto algo: (Esto dijo entonandose de voz, i des-  
garrandose de labio a lo risueño) pues adviertan  
que no an visto cosa deste mundo. I aun del otro  
quise decirle, la emos visto en vos. Miramonos  
mi amigo, i yo, i fue mucho no desatarnos de ri-  
sa. el que mejor pensò de nuestro Licenciado,  
fue que estaba loco. El se enojò en profecia, o  
nos entendio por buena razon: i subiendose de  
punto, dijo: La verdad es que no vèn, ni saben lo  
que ven; aunque estàn mirando, i yo es nada lo  
que veo agora. Mi camarada, q̄ como dije, estaba  
tinto en brabo de su esfera, i se tenia por tanto:  
tuvo esto ultimo del nada por pulla legitima, i  
lo demas por pesadumbre bastarda, i con poder  
mio respondio. Sin duda que debe estar primeri-  
zo en tabaco, o ser mui baqueano del vino. Vi-  
ve Christo, que el que aqui vê menos, que soi  
yo, ve durmiendo mas que el cien veces (i si di-  
jera habla, dijera bien) i que puedo verlo a el  
(i no hiciera poco) i a todo su linage; aunque se  
hagan mosquitos, i se metan en vna cuba, i la  
cuba esté en vn sotano, i el sotano en los pro-  
fundos del infierno. Que nos està aqui quebran-  
do la cabeça cõ vèn, i no vèn? Desentartandose le  
iban

iban a mi Cultivaliente muchas palabras de este tamaño i algo mayores, quando al Licenciado se le fue mudádo el color en otro mas malo, veã qual quedaria. I engullendo saliba, se fue reha ciendo de paciencia (no se si fue de prudente) h a l ta que vuelto en si, que nos parecia era lo peor en que podia estar, dijo: Agora, señores, no son vs. mds. solos, los q̄, viendose en tanta alteza, se desvanecen de manera, que no conocen lo que dejan abajo; ni aun tienē arriba, como no an subido por escalones conocidos. Aunque yo creia q̄ era sola acciõ de estos badajos que aca viven. Si bien ellos se pueden desculpar, con que este es lugar suyo: i viven del aire. Adobandolo va, dije entre mi: pareceme q̄ à de pagar la badajada voládo. i el profliguo: Vms. no ven, i estã ciegos. Aqui crei que mi amigo diera por esos aires con el cencerro de vayeta, aunque deuio aguardar a hablarlo todo primero, i a sustanciar la causa. Pero perdigòlo de caida: porque lo asio arrebatadamente del braço, i assomandole a vna ventana, le dixo. Venga acá, aquellas no son calles? aquellos, que van por alli, no son ombres de acavallo i de a pie? aquel no es Rio con nauios i barcos? aquel no es campo? pues que quiere? El Licenciado se puso sus Antojos con flema i tiento: i avièdo traslegado con la vista quanto ella alcãçaba,

volvió a envainarlos en la caja mui de espacio, i  
 a decir al son de un saltarelo que tocò en ella cò  
 los dedos. V. m. se engaña señor de mi alma. i si  
 su compañero no ve mas que v. m. bien puedè  
 buscar dos bordones, i quiè los decièda de aqui.  
 Lleguese aca v. m. me dijo a mi; haga esta espe-  
 riencia, i estamineffe de ciego. Dispuesto estuue a  
 decir que no via cosa, o que via lo que el. Como  
 les acontece a muchos en este mundo, tan covar-  
 des de eleciò, i encogidos de pareceres propios,  
 que solo determinan por la vista de otros. Casi  
 me dispuse a darme por ciego còfirmado: i hicie-  
 ralo si no temiera la colera de mi compañero. Pe-  
 ro llegueme a la misma ventana, i teniendo visi-  
 ble quanto el otro auia dicho, añadi al Licencia-  
 do. Señor, es posible que aquella no es plaza? i q̃  
 aquellos no parecen ministros de Iusticia? Los o-  
 tros negociantes? No deben ser Escribanos los  
 otros, que le dan a conocer a cien leguas? Aque-  
 llos no son Frailes? no andã coches por alli, i por  
 aculla mugeres? V. m. me respò dio, es mas capaz,  
 por su mansedumbre de toda buena dotrina, i  
 porque es menos presumido. Hagame merced  
 de ponerse estos antojos: verà las cosas en el mis-  
 mo ser que son, sin que el engaño comun le tur-  
 be la luz de la vista mas importante. Tomé los  
 Antojos con buena ansia de provarlos: i luego  
 echè

echè de ver en lo pesado i claro (parecieronme-  
lo) que me avian de decir la verdad). Apliquélos  
al ministerio. pero a penas usè dellos, quando al  
sombreado creo, que se me deslizò un grito. I no  
fue mucho, porque lo que se me representó a la  
vista, fue tan extraño, nuevo i prodigioso, que es-  
candalizara a la misma Torre, i aun le hiciera  
dar saltos atras; si como tiene lenguas, tuviera  
ojos. Que es esto, señor Licenciado, le dije? don-  
de estoi? En su juizio, respondió el. No creí que  
tenia donde estar, dije. Vè agora? me replicò. Veo  
cosas notables, le respondi. Que vè? me dijo. La  
misma plaça, volvi a decir, que antes. Pero llena  
de Vuitres, i de Cuervos, Milanos, i Aguilas, i Pa-  
lomas, todo barajado. Vè como no vian? dijo el  
entonces: pues essos le parecian vnos Escrivanos  
otros Procuradores, i otros ministros de justicia.  
Entre quien andaban los negociantes, que eran  
essas Palomas, a riesgo de dejar la pluma entre  
plumas. Porque las de algunos son como las de  
la Aguila, que dicen consumen las demas que se  
ponen junto a ellas. Mire v. m. mire: le dije, mos-  
trandoselos, que de pescadores de caña aguardá-  
do lances en lo enjuto. I diria antes, respondió el  
Licenciado, que eran Alguaciles, que estaban  
aguardando negocios, i egecuciones. i pege, o ra-  
na a la capacha, lea el que fuere. Pues mire junto  
a ellos

a estos unos, q̄ no podrá decir que son ombres. i  
 sino tuviera Antojos, dijera, que eran diablos  
 fingidos: i s̄o Corchetes verdaderos. menos que  
 ombres, i mas q̄ diablos. Mi camarada nos oia  
 tan cerca de correrse de la que en su imaginaciõ  
 tenia por burla, que no hablaba palabra. I yo me  
 comia las manos tras la vista. Ofrecioseme a  
 ella el Verdugo, que entrava por una puerta de  
 la Ciudad en un jumento de algun justiciado: i  
 dijesele a mi Maestro de ceremonias. El me hi-  
 zo quitar los Antojos, i mandò, que volviesse a  
 mirar, i dijome. que le parece agora? Que es un  
 Medico en una mula, respondi (i assi era, i aun  
 me temblaron las carnes.) Advierta, me replicò,  
 quan engañado está: pues, siendo un Verdugo lo  
 bre un jumento, lo tiene por Medico. No quiso  
 dejar mi amigo por despechado que estaba, apa-  
 gar la chispa; I sin encender su sutileza para algu-  
 na apotegma: i dijo mesurado. Aí no fuera mu-  
 cho el engaño de esse Cavallero, que todos ma-  
 tan con licencia, i el borrico podria ser algun Pra-  
 ricante, o novicio de la mataça. Pero afê de om-  
 bre onrado, prosiguiò (enderezandose, q̄ estaba  
 arrimado a la ventana) q̄ no sê q̄ muestras an vis-  
 to v. ms. en mi, para pensar, q̄ puedo tragar chã-  
 ças tã averiguadas. i q̄ no à d̄ embaraçar lo negro  
 de la capa, para echarla al ombro: ni la profes-  
 sion de las letras, embotar el animo de quien

siempre debe tener presentes las obligaciones,  
con que nacio. Ni V.ms. podrán hacer de mi lo  
que el cielo no fue servido de hacerme, que fue  
inorante: i que tengo mas de un curso de picaro  
(i quien duda que estaba graduado) i que è pro-  
bado mi intencion en facciones de ombre de  
bien. Adjetivò la saña cò su poquito de tètacion,  
o ilusion de hoja; aunque no passò de juramento  
de pomo. Callò i callamos al principio todos  
Tirios i Troianos. Pero yo, que me iba tomando  
tan de majadero como el, aunque alli todos lo  
eran, i lo es mucho qualquiera enojo, i mas si cae  
en fugeto que tiene la enfermedad en la cutis,  
i me cansan siempre avalentamientos: Vien-  
dome brindar, i queriendo responderle, puse  
en el los ojos. Pero en lugar de un hombre con  
tanto aparato de palabras, i en postura ya de  
mohino: Vi (ò cielo santo) una Gallina de su ta-  
maño; sin que le quedasse, de lo q̄ antes era, mas  
que una espada, una daga, i unos vigotes de pué-  
te de viguela. i tenia mas que Gallina otras dos  
alas en los pies. Estuve luego por ojearlo: i acor-  
deme de que no me avia quitado los Antojos.  
Conque atribui a la eficacia verdadera de su vir-  
tud el desengañarme de lo q̄ son todos los que  
remiten la valentia a las brabatas, vestidos solo  
de apariencia de ombres. Quitéme los Antojos,  
i fin

i sin valerme de mi seguridad, con lo que avia visto para otra demostracion, le dije. Vm. no tiene razon de arreltrarse tan contra si: Pues ni de v.m. sepodia hacer escarnio, ni el señor Licenciado i yo somos tan locos, o tan amigos de v.m. (i creo fuera lo mismo.) para a purarle con tantas burlas; si estas lo fueran. bien q̄ v.m. nos á tenido por uno, o por otro; pues se à arrojado sin mas prueba de su agrauio, para hacerla de nuestra paciencia. V.m. esperimente la novedad de estos Antojos; i se los ponga: vera con puntualidad lo que quisiere; sin que se le escape un raton, ni un atomo. Puselos en la mano, i el sin hablar palabra (que no fue poco) en las narices; deslindòse algo a lo Nazareno las melenas, i dejose cõ ellos a escuras toda la cara. Pusose a la ventana: i començando a mirar, començose a fricir de hocico en pucheros, i a dispensarnos qual que escrupulo de risa, a lo mona. Compuosose de flema el focarron del Escolar, i dijole, poniendo le la mano en el ombro. que vè agora por vida mia? q̄ vè el valentonazo, el enojado? i prosiguiò mirádome ami, i a escusas falsas del otro. Como un Cesar debe ser el ombre. Que tienen, respondió el, el diablo en el cuerpo los Antojos. Hasta unos Erizos, que están en un corrillo a la puerta de no se que Iglesia, se echan de ver, como si anduvie-

7  
dubvieran por este petril. Pues esos son, dijo el Licenciado, los que quieren parecer a las gentes, o los que parecè, Cultos, porq̃ ellos lo dicen. Mal vistos aun de si mismos ; i aborrecidos quanto bien vistos de los verdaderamente doctos, i prudentes. bien vistos llamò, porq̃ los conocen biè. Ombres, o Erizos, como v. m. à visto , animales intratables aun unos con otros. Todos puntos, sin q̃ se les parezca orra cosa. embebidos en si ; q̃ lo mismo es en sus opiniones. Ni sabreis si andan atras, o adelante: donde tienen la cabeça, o donde la cola. Faltandoles lo q̃ atribuyè bueno a este animal los señores Naturales. Ella es enfermedad, señor Licenciado, dije yo: i como las bubas. tanto porq̃ es general de tãtas maneras, i pegarse oi: quanto porque todos la niegan. O un delito , que el q̃ mas le reprehende en otros, mas le comete el mismo ; sin cõfessarlo alguno. Con q̃ mas parece facultad de Ocultos, q̃ de Cultos. tan odioso es el abuso della.

Avia hallado mi compañero su azar a tras carton: i echando las compuertas a las quijadas, dijo severo. Estas son tropelias q̃ tienen no se que de escandalosa supersticion. Harto mas tropelia es vuestro trato malditos seais , dije yo quedo. I el profiguiò. V. ms. miren en buena ora. q̃ yo a mis ojos me atengo, que tienen mas seguridad. Apartose, i yo no vila ora de volverme a enca-

jar

jar en los Antojos: i así se los tomè de la mano, i me los puse. I adviertase, que nunca mudò figura el Licècia do, porq̄ aquella debia ser la suya: o porq̄ tomaba la q̄ le estaba mejor quãdo queria.

Representarõseme, entre otras cosas, algunas mulas con sus gualdrapas, i sin sus dueños, q̄ llevabã de reata a unos ombres. Pregùtèle a mi Licenciado, q̄ que era aquello: i respondiome. q̄ estos si eran Medicos, i q̄ no parecian, porq̄ no erã menester: pues lo mismo era andarse a curar ellas; o creer, que ellas eran las q̄ andaban curando, pues eran las que trabajaban, llevandolos a ellos. i que por no andarse sueltas, llevã los moços atados a las colas. Quiere v. m. saber, dijo algo encendido (i aun debio experimentado) quã mal empleado es el dinero que se les dá a estos; que aun ellos tienen verguença de llevarlo: i se vuelven de espaldas, para recibirlo. Esto debe ser, repliqué yo: porque, como andan siempre hiriendo, i matando; andan huyendo siempre. Lo mismo que de las mulas de los Medicos, verã V. m. prosiguió el, de algunos cavallos mui bien adereçados, i no mal mantenidos (dicha de bestias) que discurren solos por el pueblo. i como por ellos son sus dueños Cavallos: unos, porq̄ no lo parecẽ, no parecẽ, i otros porque no lo son, no se puedẽ ver; o porque son  
nada

181  
nada. i muchos quiça saldran, que vengan caua-  
lleros en sus dueños. que es al reves a la vista del  
múdo: i, a la ñ estos Antojos, es andar al derecho.  
I así mismo verá v. m. ai en algunos Coches, q̄  
vè (i era así verdad) vacios. que miráolos sim-  
plemente van rellenos de personas: pero vistos  
de esta manera, alguno, que verdaderamente las  
lleva es carro de vasura.

V. m. no avisto, le dixè, unos como ombres que  
a pares andan incensando el lugar ensartados  
en unos espinazos, creo que de rocines, o todo  
junto, unos Centauros (estabalos mirando) que  
rodeados de podencos parece que andan bus-  
cando caça por las calles, como pudieran por  
sierra Morena? I aun hacen bien, respondió el Li-  
cenciado, que aqui la hallan mejor que allá, por  
que se tira con mas descanso, i sin tanto ruido, i  
gasto de poluora. Esta es la gente mas despacha-  
da i melancolica de la republica: siempre anda  
tomando penas, i desseando cautas de hallarlas.  
A otros suelen deshacer las penas: i ellos se hacè  
i engordan con ellas. Estos Fieles son, dije yo.  
No digo tal, respondió el. V. m. los tenga por lo  
que le diere gusto: que yo soi poco maldiciente.  
i crea solo lo que viere con tanta certeza.

V. m. me diga, le repliqué, mirando a caso ha-  
cia lo que creo llaman los Tagaretes, i viendo  
lo

lo que dirè: Que savandijas son tantas, como parece va engendrando la lama de aquellos lodazares. que a penas se engendran, quando ya están crecidos. andan oliendose unos a otros, i luego se muerden. Son grandes para C,apos, i Escuerzos, aunque todo es chirriar como Ranas. Yo, señor mio, respondió, agora con la vista en cerro juzgolos por personas, que andan riñendo unas con otras, i dando voces; sin mas adorno, ni aliño, que su presuncion, segun se echa dever pocas a menos. Pero mire v.m. ya que tiene con q̄ no se engañe: i sean perros, o ganado de cerda, q̄ suele andar por estos sitios: buscando aquellos que roer, aunque sea unos a otros, i ladrando siempre, i estos hoçandose las pisadas, i rozandose a veces, i siempre gruñendo. Ni lo uno, ni lo otro pienso que es: i parece a todo. dije yo. Pues sin duda que son Poetas, replicô el. Postema de Poesia secreta tenia mi amigo en el estomago: i apenas le tocaron, quando se le rebentô. i revestido de un javali, se puso entre nosotros, i dijo a nuestro Relator. Señor Doctor, o Licéciado, trate las materias con decoro. q̄ cosa de tan superior alteza como la Poesia, no se á de traer, ni ella à de andar por los muladares. Pero caso es terrible, que se ayá hecho camino carretero para la maledicencia i mordacidad del mas servil ingenio los Poetas

ras, i las donzellas. No le abrieran ellas primero dije yo. Pero foflegandose un poco el de la Torre, le respondió. Si v. m. señor mio, está poseído deste furor; no creerá q̄ es de los malos Poetas. i yo aqui no hablo de los buenos. a lo menos entre los que aqui à visto este Cavallero no parece que puede aver salido Poeta bueno; siédo todos lavandijas, como dice. I no se yo porque v. m. no se vale de lo que todos los reprehendidos deste mundo. Repartiendo entre los otros lo q̄ oye. sin darse por entendido, de que le cabe cosa a el de quantas oye reprehender en los otros, haciendo esto muchas veces aun el que las tiene todas. Meti el montante; sin creer que quedaba mas de Poesia: preguntandole a mi Licenciado, quienes fuesen unos Pajaros, que se entresacaban destos animales, i se entremetiã cõ otros, a quien seguian con anhelo, porq̄ los otros huiã con mohina, i parecia, que amortajados. Dudando estuvo el la solucion un rato; temiendo volver a la brega. Pero eu fin dijo (porque era tentado por decir, si bien todo era zeloso, i puntual) que aquella era verdadera especie de Quebrãta hueffos: i que sino tuviera Antojos, me parecierã unos Poetas que ai tan pesados, e importunos. que si se zurzen con un ombre, no le dejarã en un dia, repitiendole un soneto: dádose el como todos

todos los demas a quien sucede este mal, por tã muertos, que van ya prevenidos de mortajas. Auiendo algunas destas Aves, o los que representan, que por lograr vna decima acabada de salir del horno, se iran a Santi Ponce a buscar vn Alcalde, a quien referirfela, si no conocen otro q̄ los sufra. I si no està en el lugar, le aguardaràn ocho dias a la puerta. I tal se halla, que hará detener una rueda de molino, para dezirle tres, o quatro mil octauas en alavança de vn rabano; aunque lo tome por las hojas. Si bié este no haria tanto daño, por lo que podria suplir de mollienda.

Admiraba yo entre todo lo que via, i entre tãto que el hablaba, y se pudria mi amigo, las mugeres en su misma figura, i preguntéle la causa. Respondiome: essas, señor mio, miétras mas parecen Mugeres, mas se dan a conocer. I assi no fue necesario mudassen de apariencia. Fuera de que ellas mudan tantas formas, que tomò por expedient te quien labró los Antojos, que fuesse regla general la de la vista con ellas, dexandolas para Mugeres. Pues no se puede engañar quien assi las echare de ver como los Estudiantes, a quien v. m. có Antojos i sin ellos vè andar como Estudiantes; o como ellos quieren, que es como Licenciados, nombre mui propio ( a pesar de

E

de

de los mas atentos) en todos los que traen abito largo. Pues luego que se le ponen, toman licencia todos para quanto quieren. I muchos le toman para tomarla. Sacudiose de su silencio a este punto mi misterioso, i dijo colerico: Por ningun camino è de consentir a mis oidos cosa que disuene. i las malicias son de animos viles. que ombrnes ai de abitos largos, que son mui buenos ministros de su professiõ, i cuya modestia particular contradice qualquiera general calumnia: i pudiera v.m. callar por si. Tan en los estremos como el le respondió el Licenciado. Cauallero, yo, gracias a Dios, me precio de su verdadera lei, i la professo con toda pureza: i venero toda virtud, aun en abito no tan proprio como este, sin hablar aqui de los que la professan. ni siento entrar a la parte de los que entiendo; si entiendo bien. Ni estos Antojos sirven de injuriar, sino de advertir, i verlo todo sin engaño ni malicia. V.ms. con todo esso, dijo mi piadoso amigo, sincopeen de la demas narracion las clausulas q̄ no tuieren toda lisura. Quisele a esta sazõ traer a la memoria la perdiçõ de la semana Santa. O quantos ai (valame Dios) que contradicen lo malo, solo por tener la cõtraria, i no per aprovar lo bueno! I quantos apruevan lo bueno; por que no llegaron primero a lo malo! I quantos

no

no saben lo que apruevan, ni lo que contradicē:  
i son como maços de batan, que el vno cae, por-  
que el otro leuanta, i afsi al rebes! un millar de  
batanes era mi amigo. Dejólo el otro, y profi-  
guió conmigo. V. m. advierta, que afsi de los Es-  
tudiantes, como de las Mugerres, son muchos de  
monios infernales, que no mudan forma en  
los Antojos; por hazerse visibles, andando en  
aquella.

Señor Licenciado, le dije, mirando hazia el  
Rio, y diciendole lo que via: Parece que muchos  
de aquellos navios tienen echadas redes por la  
orilla, que yo creía eran solo anclas, i que todo  
es tirar lances. Los mas de aquellos, me respon-  
dio, son de Estrangeros: i aunque sin Antojos no  
se echan de ver, ellos son mas sutiles que las re-  
des; pues no se les encubre que no hace esta gē-  
te, sino pescar desta ciudad, i de las demas de Es-  
paña (porque no vienen a otra cosa) el oro, y la  
plata que llevan a su tierra.

Como se consiente en la Ciudad, le volvi a de-  
zir, viendolos, tantos Bueyes, i Carneros por las  
calles, i mas faltando carne tantos dias à? No vè  
v. m. respòdio el, que son Maridos? No basta ver  
con tanta claridad, para que discorra có acieito?  
No vé que estan en su abito esos ombres; que  
no quieren engañar a nadie? I morirán en el, dije

yo. Mire v. m. alli dos o tres iuntas, profiguiò, que andan arando, para dar pan a quien sus mugeres dan carne. Porque uno de los capitulos de su union fue, ser amigos de amigos, i enemigos de ~~enemigos de enemigos~~, al fin s<sup>o</sup> Maridos de bié i mal tratar, como vassallos de Aragon.

Volvime a mis vistas; si bien se nos iban acabando con la tarde. I juzguê por mas admirable que todo, i aun por portento, el discernir con toda claridâ una Colmena con sus Abejas. Recurri a mi ombre por declaracion de el misterio; i dijo. Essa, i otras muchas Colmenas ai en la Ciudad: i son las que en el mundo tienen, i se frecuantan por casas, donde se juega. I donde las Abejas son los Tahures, que andâ a buscar flores, o dineros; hurtâdolos las mas vezes, u todas: pues los quitan a las obligaciones justas ( que qualquiera lo es en comparacion de esto. ) de aqui, i de alli, solo para dejarse en casa de el Coimero. Que ellas no facan ni vuelven gota de miel fuera: i son tan miserables estos, para todo lo que no es llevar alli, como aquellas. I si no llegue a pedilles un pobre dos maravedis, i le daran la picada que lo dejen muerto con la mala palabra; i aun a la muger i al hijo. Pues los riesgos con que se conserua esta Casa, o Colmena. son estraños. I en fin la vienê a castrar otros, que son los luezes, que se llevan la miel,

129  
miel, i no los corchos, porque quede enjambre,  
o los Offos, que son los diablos, i lo mismo, i no  
dejan miel, ni casa que todo se lo lleuã. Pues mi-  
re v.m. (que bien creo podra cõ los Antojitos.)  
quantos Zanganos andan por alli; o Mirones,  
con importunidad, i cudicia. Pero aduierta v. m.  
no se engañe en infinitos otros Zanganos terref-  
tres, que verã andar varriendo el suelo, como es-  
tos revolando por el arie. Que aquellos son po-  
bres fingidos, que andan hurtando la limosna a  
los verdaderos, como estos la miel. I cuya dili-  
gencia es Buço de la bolsa mas profunda, e intra-  
table. I porque no puede oirlo, considere en essas  
casas el rumor, el bullicio, o el zumbido de por-  
fias, voces, contradiciones, juramentos, mêtiras,  
contaderos de suertes, estornudos de tabaco. I  
por desculpar a los que siendo Colmenas essas,  
les parecen casas de garitas. Alas Colmenas llevã  
flores, materia de q̃ se hace la miel: i en essas casas  
no se trata en en otra cosa, ni se gasta sino flores.

Estimè la semejança, i puse los ojos en al-  
gunos Gigantes, que andaban por las calles de  
los que sirven a la fiesta del señor: I preguntéle a  
mi Licenciado, que como avian sobrado aque-  
llos de su dia. No estando en el: respondio, aunq̃  
siempre sobran: V.m. crea que son vnos Potenta-  
dos, vnos Ombrones, o Magnates, vnos digo q̃

lo quieren ser todo; o piensan que lo son. Todo ostentacion, mano sobre mano, cosqueandose de autoridad, mui apuntalados de gaxnate, mirando siempre al Cielo; sin q̄ se acuerdē de Dios, ni aun de las gentes, ni de si mismos. I si se llega a apurar el fundamento que sustenta toda esta maquina i magestad, es el sudor del pobre, que lleva toda la carga. I si este les falta, verá v. m. como se quedã arrimados. Pues ya, si les queremos dar por almas, a los que les ponemos por sustento: que almas tan cansadas, tan llenas de afan i trabajo, por dar vida a aquella fãtastica vanidad.

E reparado (pienso que justamente) le dije, en que con estos antojos è visto entre lo demas, lo que á muchos dias que no se vé. Algunos pocos ombres, digo, i menos mugeres: ellos con capas gorras, i calças enteras, i ellas hilando. Era ello assi. I el, aviendome escuchado atento, me respondió festivo. Que aquellos eran los verdaderos Amantes: i que como oi los afectos, o efectos del amor; como tristeza, gozo, sollicitud, i los demas solo s̄ por el interes, i para el interes: fue necesario dar a entender que andaban, los que amaban verdaderamente oi, tan fuera del uso, como los ombres en aquel traje, i las mugeres en aquel egercicio.

Bulliciosas atravesaban, entre las demas, algunas

gunas personas con tunicas.unas blancas,i otras negras,de capirotes empinados (o mochós) estrañe lo deffazonado del tiempo, i tuvelas por pieças grandes de agedrez, o chimineas andando por el forro a la costra. I acogime ala espoficion de mi oraculo ordinario,a saber la finificació de lo que estrañaba.El me dijo, que aquel, aunque era verdadero abito de Cofrades de las processiones, alli era la figura en que se espressa- ban i daban a conocer los Necios mas impertinentes de los pueblos,que no uvo otra tá eficaz. I que solo les faltaba,para la perfeccion de lo finificado,el estar en sus Cabildos, que alli no se podia ver,porque estabã en las calles. Repliquè yo ponderando la sutileza de los Antojos.Pues, señor,a los mismos Cofrades en que figura los emos de conoçer?En la de los Necios,dijo el.Pero,por no confundir las profesiones,tratos,i estados,que tienen las suyas proprias, no se vistieron de ellos en esta vista: porque en todos ai infinitos necios,y no todos son Cofrades: i a ellos basta conoçerlos,quando verdaderamente van revestidos de si mismos.Fuera de que se guardò el decoro al instituto, zelo,i devocion: que esto siempre es prudente,quando es como se debe, i lo able en quien se halla con prudencia,i sin mezcla de impertinencias indecentes.

Se-

Señor mio, le dije, como no vemos aqui con estos Antojos Eclesiasticos? que no es posible dejen de andar algunos que lo parezcã en su forma peculiar, como las demas gentes. I respòdio: porque essa auia de ser de Angeles, i no la merecen nuestros ojos, i para reverenciarlos, en qualquiera debemos. I ellos no se dejan sobajar mucho de la vista umana: ni nuestra lengua à de tocar de sus acciones mas, q̃alavãças, por las soberanas ventajas que nos hacen en su oficio. I assi toda descortesia con ellos, fuera de tener tanto de impio i temerario, es ruda grosseria i vileza de animo. como su respeto fue siempre espiritual i temporalmente de interesses para el onor i reputacion.

- Cierto que quisiera, dije, aver visto esta tarde algun Señor, para ver si son lo que todos vemos, i parecen, o si en figura suya andã otros. V. m. no quiera, replicò, que le aya costado trabajo, el verlo, que yo se lo dire. Ni son lo que se ve, ni es lo que parece: porque es mas, i es menos. Menos el dinero que la ostentacion, i mas la ostentacion q̃ el dinero. Que el mayor señor no es oi, sino vn esclavo de sus obligaciones. Por mas cierto tengo que en figura suya andan, o quieren andar muchos, que vistos sin el reparo de estos Antojos, no diran sino que son señores, i mirados sin ellos  
son

son figuras. Oí señor Licéciado, dije yo, cada uno puede ordenarse de Señor a título de su dinero, que es el alma de la onra que corre, aunque tirano de la razon. Pero cediendo esta materia a los mas especulativos, no sabe v.m. que me espáta? que no è visto Dueñas. Si v. m. respódió, está moístrado a grandes i perpetuas desgracias, mohinas i desventuras: con razon le espanta no aver visto canalla como essa. pero no le pese, que mas le espantara el verlas. Porque si v.m. viera en su forma propia a las que en el mundo tienen por Dueñas: no le asegurara la vida, ni aú el alma, tal es de horrible, espantable i portentosa. No se yo como esplicarla; ni se como el Artifice de estos Antojos acertò a darles vigor para enseñar su verdadera figura; pero pienso, que no lo acabò. Aunque esta seta <sup>cyco</sup> pienso que se vâ extinguendo algo, i soístituyendo su malignidad en los Escuderos, gente que en fin no trae tocas largas, i se puede gastar en galeras, o sean rodri-gones, o cepas. Aunque si de estos parecieran algunos, avia de ser en figura de Volatines. siépre esforçandose al gusto ageno aun en las ocasiones de mayor trilleza propia, dançando siempre al son que les hacen, i sobre maroma, a riesgo de caer i matarse en qualquier mudança, i casi siempre en camisa. Escuderos digo de los de mas pñ-

donor, que curfan los grandes palacios. Que de  
efforra canalla e scuderial, de la classe mas civil, af  
trofa i material; bien pudieramos echar mano,  
para conocerlos; de quantos acarreadores de car  
ne i otros de semejantes figuras, encontrara  
mos.

A este punto mirè (era ya anohecido) por di  
ferentes partes, algunos que parecian ombres, i  
no se si son diablos, con su infierno acuestas, cer  
niendo alquitran, i vomitádo llamas. Esgremiã  
unos montantes de fuego, ahuyentando la gen  
te: si bien todos morian por acercarseles a gus  
tar de la fiesta, i todos los rodeaban. ya despediã  
un buscapiés por la tierra, ya un volador por el  
aire, ya el cohete a la ventana, con riesgo de abra  
sar la casa. Maldita fiesta. que siempre è de andar  
huyendo de lo que mas desseo ver. Que es esto,  
me preguntó el Licenciado? Vnos Montantes  
de fuego, le respondi, que estàn salpicados por  
el lugar, no se a que proposito, o si es rego  
cijo. Riòse, i reime, sin saber de que se reia: porq̃  
supuse era con razon, como en todo. Ellos; ami  
go, me dijo, no vé que son los que tienen por  
Maldicientes? Que aunque los conocemos, i los  
tememos, morimos por verlos, i oirlos; ponien  
donos a peligro de que nos quemè, por ver que  
mar a otros; o nos tengan por quemados. Ya

nos

192  
nos tiran a lo bajo de los pies, ya nos pasan por la cabeza. No dejan casa segura. parece que abundan de muchas cosas: i es fuego que abraza, o puede abrasar con qualquiera cohete, i aun centella, mal encaminada de la intencion, no solo una casa, un barrio, un pueblo, i una provincia. I quando menos, nos chamusca el ferreruero, nos tunde las barbas (i aun le hiciera a el provecho) o desfúdan las medias. nos dejá lastimado de es crupulos. Tales son los montantes de sus lenguas; no ai volcan como la mas moderada.

Mucho satisfizo a mi amigo la figura en que yo avia visto a los Maldicientes, que era la verdadera. I no se si se le abrieran las ganas de comer al olor: que siépre las ai, para oír decir mal de otros. Si la noche no se fuera haciendo hermana; porque passaba ya de prima, con que tratamos decénder a tiento. porque los Antojos solo seruián de alumbrar de las cosas: i a su dueño entonces de ver, que aquella es verdadera escala; que no se lo parece a tantos. Reservando yo para abajo saber, si fuesse posible, el misterio de curiosidad tan importante, nueva, i cierta. Paróse el señor Licenciado, i dijo. V.ms. no se desconsielen de ver quan ciegos están, que el tiempo que corre estal, que para la conciencia, la salud, i el descanso no es de poca importancia. i el mis

mo tiempo corre de manera, que se nos pierde de vista. Tampoco se afrenten V. ms. de parecer, que no la tienen. que el mundo está ciego, i no es mucho que el haga ciegos a los que lo siguen. El qual no es otra cosa, que un teatro, en que se representa la Comedia, o Farfa de la vida humana, i el vestuario la tierra: de donde salimos a representar vestidos de ombres, este el Rei, aquel el Pastor, el otro el Mercader: i así cada uno su figura. siendo los que miramos, unos a otros, i todos ciegos, pues no vemos, ni conocemos lo que somos, hasta que nos volvemos a desnudar al vestuario de la tierra, i al nada que antes. Depósito comun de estos trages, hasta el dia en que se dé cuenta de la acción que a cada uno se le encargò. Los unos procuramos hacernos ciegos a los otros. nosotros mismos nos hacemos ciegos. A los Monarcas, a los Reyes, a los Principes, i Grandes señores, i de ai a bajo a todos los que tienen dominio, que pretende el criado, el vassallo, i todos los demas que los tratan, que hacerlos ciegos? I estos no están ciegos, pues no ven, que la ruina que previenen, es comun? I estas Potestades que procuran, sino hacer ciegos a sus inferiores, i subditos, en sus acciones? Vnos Monarcas a otros no se esfuerçã, por sus particulares fines, a hacerse ciegos estos a aquellos? El Padre hace ciego

ciego al hijo (i aun fuera bien que lo fuera; para  
 no aprender los vicios que ve en el el padre) pa-  
 ra gastarle el mayorazgo: i el hijo hace ciego al  
 padre, para robarle la hacienda. El hermano al  
 hermano. el amigo al amigo, porque lo es mas  
 de su muger, o su dinero. El Procurador, el Agen-  
 te, i los demas Oficiales de estirar pleitos todo  
 lo que puede dar de si el cuero de la bolsa, hacé  
 ciegos para esto. El Avogado no hace ciego al  
 Pleiteante, dandole a entender, que tiene justi-  
 cia, o que sin ella tendrà buen suceso? Quantos  
 Iuezes (de los malos hablo) ya no solo nos hacé  
 tuertos, pero ciegos nos quieren hacer, oscure-  
 ciendo las leyes, o por interese, o passion. I aun  
 ellos se hacen ciegos muchas veces a los regalos  
 que reciben sus mugeres: que como parte mas  
 flaca, dende el principio del mundo se nos dà  
 por alli la bateria. Echabáse los ojos a las leyes;  
 ya se echan al dinero: i assi no ai ojos para las le-  
 yes. Ponense en muchas cosas: i assi faltan para  
 ver las que importa. Que á de hacer de vista el  
 Corregidor, para gobernar có rectitud; si la mu-  
 ger, o la hija le sacan los ojos por galas? Pues has-  
 ta las varas tenian ojos un tiempo: i era necessa-  
 rio, para que no lastimassen sin razon, ni piedad,  
 ni se viviesse sin recato. Ya las varas son bordon-  
 nes, que solo sirven de arrimo, de sustento, i de  
 defenſa

defensa. El Leon dicen, que muchas veces, aunq  
tiene los ojos abiertos, està durmiendo: i enton-  
ces el nombre le guarda el sueño, conserva su au-  
toridad la opinion sola de quien es. imagen  
de muchos Principes. Ojos tiene la Iusticia, pero  
duerme a ratos. su nombre solo conserva su res-  
peto. Bien atendio la lei a esta ceguera: pues no  
solo quiso, que uviessè vista en las causas, pero re-  
vista. Mas las vistas del mundo, señores, son oi-  
todas de aduana, que solo tienen el nombre: to-  
do este sentido, i aun los demas, està reducidos  
al tacto. Oi se juzga a ciegas, se cura a ciegas (aun-  
que sanan pocas) i se vive a ciegas. I decendien-  
do a lo mas menudo i particular. V.ms. no ven  
muchas veces como se anda un Ministro de jus-  
ticia buscando ladrones: i estando entre ellos, i  
conociendolos, no los ve; aunque se entre por  
las plaças, i los juzgados, i ande en si? Los Alguaz-  
ziles de Vagavundos no son ciegos, pues no se  
prenden a si mismos? Los Mercaderes no hacen  
ciegos a los merchantes; hurtandoles de la me-  
dida i peso? I ellos no està ciegos; pues no ven,  
que se pierden por aquel camino, i que se los lle-  
va el diablo por peso i medida? El Regaton nos  
hace ciegos, vendiendo gato por liebre, pudien-  
do el estar vendido. que de ai vino el nombre  
en modo superlativo. I muchos nos hacen cie-  
gos

gos, queriendo, que no veamos como son rega-  
tones. Pues hasta las Verduleras; no solo os hacé  
ciegos (que verguença!) pero mudos. Que lleuã  
doos a mas de las posturas, i dandoos malo por  
bueno: (porque nadie da lo que no tiene) os mã  
dan, que lo calleis, i lo callais, i os perjuraís mu-  
chas veces.

Los Avaros pues no quieren hacer ciegos, af-  
cõdiendo su dinero de manera, que ni aun ellos  
lo ven.

Los Astrologos son mas ciegos que todõs.  
porque no solo no ven que no ven; pero dicen, q̃  
ven lo que aun no se à visto, ni se á de ver las  
mas veces: dando a entender, que hacen pa-  
rar al Sol, para tomarle la medida. I no es mu-  
cho que estèn tan ciegos los que aun en las tinie-  
blas comunican siempre con tanta luz.

Pues ya los Alquimistas, es cosa perdida, i aũ  
forçosa en ellos la ceguera: Pues solo tratan con  
humo, i en humo; pegando su achaque a otros  
en sus promessas. enfermedad antigua de Pri-  
uados. I tambien ai Alquimistas de amor,  
ciegos al torno como su amor mental, i cie-  
gos en los huesos, i en el espiritu. Estos  
son los Devotos de Monjas, a quien sucede,  
particularmente si son casados, lo que al perro  
de Esopo, que dejó el pedaço de carne verdade-

ro, por la sombra de el , quando passaba el rio. Pues no es otra cosa lo que ellos apetecen i quieren, que sombras de carne. Los que no tienen para que hacernos ciegos, ni lo son ellos para esto solo, son los Sastres : porque ellos roban a ojos vistas, i està reducido a prarica de su essamen. Ni las hijas deste tiempo a sus madres: porque ambas pecan a coros , i de mancomun , i a voz de uno.

Los Maestros de armas son verdaderamente ciegos, i no diestros, como ellos quieren: i lo que muestran es a ser ciegos con riesgo de la vida. Pues quien menos ve en la egecució, es quien mas aprendio en la teorica.

Por quantas cosas nos hace la fuerça , o las obligaciones , o el respeto passar ciegos, por razon de estado , aunque sin razon muchas veces. La lisonja, el miedo, el apetito, los celos, la soberbia , qualquiera passion, el amor propio, los años , los serenos, i los Ipocritas nos hacen ciegos. I estos postremos son los que mas ciegos hacen, i aũ al mismo Dios parece q quieren hacer ciego. Quien piensan, q son los q solo no està ciegos? Los que corporalmente no ven en el mundo: Porque estos en efeto son solos los que ven que no ven. Aunque entre ellos tambien ai su ipocresia de ceguera: Asi porque muchos se hacen

zena

123  
cenciegos para ganar su vida ; como porque la  
ganan rezando de ostentacion, i a voces. Pretex  
topolitico mui praticado en estos tiempos.

Nosotros mismos, cósiderefe en todos estos  
si nos hacemos ciegos. El Rico se hace ciego cō  
el Pobre, i aun sordo, i endemoniado; por no dar  
le limosna: I el Pobre con su misma pobreza;  
pues no ve que es pobre , para no ser sobervio.  
El Regidor se hace ciego con sus compañeros:  
porque ellos se hagan ciegos con el, i se aprove  
chen todos. Quantos Maridos entran en casa, i  
no ven los regalos i visitas que hallan en ella? I  
quantas mugeres ai, q̄ no pueden ver a sus mari  
dos? I porque se vea quan por ciegos nos tene  
mos unos a otros, adviertale q̄ todos pecamos;  
sin creer, que unos a otros nos veamos.

Midio el buen Licenciado su discurso con  
la escalera de modo , que quando llegamos a la  
puerta de la Torre, parecio, que dio fin a el. Sali  
mos fuera rogando al Portero , que nos abriess  
las demas. I llegando a la ultima, antes que se  
despidiess de nosotros , quise preguntarle q̄  
tan justo era saber, despues de aver visto tanto.  
Pero previno mi desseo , con decir : Señores yo  
foi el Maestro Desengaño. vivo siempre por las  
Torresmas altas ; particularmente donde ai re  
lojes: porque en lo que ellos quitan, doi yo avi

fos de importancia. Que en otra parte, aunque todos me dessean, nadie me admite. porque tienen mi mala cara el Desengaño. ya V. m. me ve. Estos Autojos los labrò la Experiencia, el vidrio es de la misma verdad. Porque aunque el de Venecia es mui claro, es demasiado de sutil: i alli, como todos los Antojos son de ambicion, turban la vista mucho. Nadie usa destos, porque todos se guian por los suyos. Yo le dije, señor Maestro, mucho estimo aver conocido a V. m. supli- cole me diga si en esta Ciudad sola obran sus maravillas essos Antojos; o en la restante de España tambien? Para todo el mundo son, me respondió: porque todo el mundo es uno. Tambié me diga v. m. le repliqué; si podrá cada uno verse a si con ellos? A esso no me atrevo, dijo el: porque nadie se à desengañado oi de si; ni se à queriendo conocer que esso lo tiene todo tal. Bien se, q si se viera a un Espejo, que yo tengo, no se avia de poder encubrir de si; por ser capaz de verse un ombre todo dentro i fuera. Que en efeto los Espajos se hicieron para verse i componerse a si: i los Antojos para ver i conocer a otros. Penetrado me avia el umor mi Compañero. que sin dejarme responder, ni acetar oferta afsi estimable, dijo: Este Cavallero viene cansado (como aquel que bien lo sabia) i es bien llevarlo a su posada.

V. m.

V. m. señor Maestro, se quede a Dios, que tiempo avrá para buscarle. No estaba bien el Culto, o Brabo con tanto desengaño. que era ora de cenar: i en fin los Cultos bravos, o mansos, suelen tener ganas de comer, i aún no tener que las mas veces. Dejé el desengaño para otro tiempo, como todos; sin atreverme a saber en que figura me via el a mi con sus Antojos. Pero dile las gracias de lo que conmigo avia hecho. i fuime con mi amigo, ya menos urbano i familiar: porque iba mas mohino i desengañado. I tan desseoso de dejarme, como yo de tripularlo a el; aunque no era figura de mal manjar. Comencè yo, medió el, i acabamos ambos. Dijome cõ todo esto su posada, con mucha seguridad de que no le buscaria. i no me preguntó la mia, por hacerme merced de no buscarme. Pero quedamos de vernos en la otra vida: que el no debia ir para esta; ni me dejaba menos que para la otra. Llegué al meson ya tarde; sin preguntar por mi Mula; porque no me dijessen que estaba alli. Pero en fin fui a ver si me avia hecho alguien merced de llevarsela: para bendecir al ladron, i tenerle lastima: que el se iba perdonado, i aun con muchos meritos de añadidura. Pero hallèla tan cosa mia todavia, como lo demas que lo es. miren qual es todo, i como erré en creer, que me pudo fal-  
tar

tar. Tanto la temia aun lo poco que me durò el  
volverla al traidor de su dueño , i restituirme yo  
a mi primero ser. Si vuelvo a ver a mi Maes-  
tro, le pediré la palabra del Espejo: i si la  
cumple con la obra, i me viere en el;  
daré parte a todos puntual-  
mente de qual me  
viere.

